

# Escepticismo antiguo y escepticismo moderno

**Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.** Universidad de Valladolid, Sociedad Asturiana de Filosofía (SAF) (España)

Recibido 25/08/2024

## Resumen

El escepticismo antiguo, que resulta ser más bien una actitud, es optimista y complejo (Pirrón de Elis y Sexto Empírico son buenos modelos). Mientras que el escepticismo moderno se dibuja más bien en el ámbito de la gnoseología y como tal resulta pesimista y simple. En esta segunda perspectiva se alían inesperadamente Ludwig Wittgenstein y Marc Richir con el clásico Calderón de la Barca. Y las consecuencias son conocidas y solo superables atendiendo a la historicidad de lo real.

**Palabras clave:** nivel fenomenológico intermedio, escepticismo, Marc Richir, Ludwig Wittgenstein, Pirrón de Elis, Sexto Empírico.

## Abstract

### Ancient skepticism and modern skepticism

Ancient skepticism, which turns out to be more of an attitude, is optimistic and complex (Pyrrho of Elis and Sextus Empiricus are good models). While modern skepticism is drawn more in the field of epistemology and as such is pessimistic and simple. In this second perspective, Ludwig Wittgenstein and Marc Richir unexpectedly join forces with the classic Calderón de la Barca. And the consequences are known and can only be overcome by taking into account the historicity of what is real.

**Key words:** Intermediate Phenomenological Level, Skepticism, Marc Richir, Ludwig Wittgenstein, Pyrrho of Elis, Sextus Empiricus.

## Escepticismo antiguo y escepticismo moderno

**Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina.** Universidad de Valladolid, Sociedad Asturiana de Filosofía (SAF) (España)

Recibido 25/08/2024

Empecemos por las etimologías, puesto que *etymos* significa 'auténtico'. El adverbio *etymôs* es 'en verdad'.

El término *skepsis* significa 'reflexión', 'vigilancia'. El término *skeptikós* significa 'el que mira y observa sin afirmar'.

Todo viene del verbo *sképtomai* (*skeptádsô* y *skopeo*), que significa 'defender', 'proteger'.

Es necesario pues *considerar*, pero sin llegar a comprometerse con afirmaciones o negaciones.

Y, por otra parte, *moderno* es un término que se consolida en el s. XV, significando estrictamente 'nuevo', 'actual'. Con lo que *postmodernidad* tendría que ser algo así como 'actualísimo', lo que no tiene mucho sentido.

La tesis que vamos a sostener en este artículo es que el escepticismo antiguo es optimista y complejo, mientras que el escepticismo moderno es pesimista y simple; sin que estos calificativos sean despectivos.

Los escépticos antiguos que nos van a servir de modelo son Pirrón y Sexto Empírico; y los escépticos modernos son el primer Ludwig Wittgenstein y Marc Richir.

Es interesante observar cómo la complejidad del escepticismo antiguo ya se da en este simple plano etimológico. En efecto, se contraponen una cara *A* y una cara *B*. En la cara *A*, se da la forma inmediata del observar, proteger, considerar; mientras que, en la cara *B*, se da la forma mediada del afirmar. Lo cual no deja de ser paradójico, puesto que se afirma que el conocimiento depende de tantas variables diversas, que no hay un conocimiento verdadero y esto es *oximórico* puesto que se dice que es verdad que no hay verdad.

El escepticismo antiguo comienza con Pirrón de Elis (360-270 antes de nuestra era). Pirrón fue influido por Heráclito y Demócrito, y viajó a la India, relacionándose con los gimnosofistas. También Pirrón se relacionó con los sofistas. Afirmó que, puesto que hay que distinguir entre lo que se da por naturaleza y lo que se da por convención, nuestros juicios sobre la realidad son estrictamente convencionales. Las sensaciones que están en la base de todo conocimiento son sensaciones cambiantes, por lo que hay que abstenerse. Volvemos pues a la situación anterior de observar sin afirmar.

El sabio se encierra en sí mismo y opta por el *silencio*; logra así el sabio la ataraxia de un ánimo sin perturbaciones: la felicidad.

El pirronismo es, pues, una *ética*, una *actitud*, base de todo posible conocimiento. Hay que ser indiferente con lo externo para ser estable con lo interno.

Pirrón no es un estoico; no necesita ni una lógica, ni una física; se conforma con negar los juicios.

Discípulos de Pirrón fueron Timón, Nausífanos y los continuadores de la Academia platónica.

Pero resulta que nosotros sólo conocemos a Pirrón por los escritos de Sexto Empírico; después el pirronismo se extendió por toda la filosofía como una gran mancha de aceite.

Hay que volver, pues, a los escritos de Sexto el Empírico para reencontrarnos con la *complejidad optimista*.

Sexto el Empírico nació en Grecia, en el año 200 y vivió en Alejandría y Roma. Se consideró a sí mismo tanto escéptico como *metódico* y médico.

Nosotros conocemos ahora el escepticismo pirrónico gracias a los resúmenes que hace Sexto. Fue un compilador de doctrinas sin sistematismo alguno, ni lógico ni histórico.

Utilizó Sexto unos argumentos que llamó *tropos*, argumentos esgrimidos contra la providencia, contra los silogismos y contra la causalidad. Para Sexto, todos los argumentos no son más que «círculos viciosos», pues la conclusión está ya implícita en las premisas.

Es importante la idea que tiene Sexto de la *causalidad*. La causalidad es subjetiva, no objetiva, porque así lo exige ese tipo de *relación*. La causa no puede ser ni posterior, ni simultánea, ni anterior al efecto. No hay causalidad, luego no hay leyes de la naturaleza; la ciencia no existe.

Todos los libros de Sexto el Empírico son contra algo, contra los dogmáticos, contra los lógicos, contra los físicos, contra los éticos, contra los profesores matemáticos.

En opinión de Sexto el Empírico, el sujeto no puede enjuiciar, practicar la *epokhê*, porque está instalado en la dimensión de lo natural. No hay valores que constituyan un campo intencional no natural. Por lo tanto, la realidad se ha desvanecido: es una complejidad natural ilusoria en aras de un optimismo forzado.

El escéptico se separa de todas las escuelas en tanto que dogmáticas; las escuelas son: o dogmáticas porque creen haber descubierto la verdad, como Aristóteles; o académicas, que imponen que la verdad no puede ser aprehendida; o aporéticas, como en el caso de Pirrón.

Así pues, el escepticismo antiguo es una actitud más práctica que teórica; es una actitud práctica que descansa en la creencia en un Bien inmutable que domina sobre todas las *aparencias*. El escepticismo antiguo es una *moral*, un modo de vivir más que un modo de pensar. Es una actitud vital que penetra en todas las escuelas, difuminándose de modo sofístico, hasta llegar a la Academia platónica, de los periodos medio y nuevo: la verosimilitud y el probabilismo; y sobre todo la tranquilidad del ánimo y la felicidad optimista.

Hay, por lo tanto, en el escepticismo antiguo, una separación entre un aspecto *gnoseológico* y otro aspecto más inmediato.

El escepticismo moderno es, por el contrario, *simple* por su pesimismo radical.

Los dos modelos citados de escepticismo moderno, para los que no hay causalidad que signifique realidad efectiva de las leyes científicas, son Ludwig Wittgenstein y Marc Richir. Dos filósofos muy distintos, pero coincidentes en este escepticismo pesimista y simple.

El pesimismo de Wittgenstein se explica por su participación en la primera de las dos guerras mundiales, seguramente la más cruel, y por su decisión que proyecta una *lógica profunda* en el seno de su supuesta realidad.

En mi libro *Tractatus logico-phenomenologicus*, he analizado con detalle la profundidad de esta lógica elemental, que, en último término, nos condena al silencio.

Redactado en 1918 y publicado en 1922, su *Tractatus* ignora lo que la filosofía fenomenológica (junto con Einstein y Hilbert) han descubierto: la división de los conocimientos en propios e impropios.

El *Tractatus* de Wittgenstein supone un encogimiento radical, supone una reducción al mero decir, recluido en la zona de los conocimientos propios. Eso es lo meramente pensado; pero detrás está lo no pensado, lo inexpresado y solo mostrado como lo *místico*.

El *decir* de Wittgenstein está encogido, contraído a lo simplemente objetivo y propio.

Ese es el decir simple y pesimista que hace imposible la pluralidad de valores de un campo intencional y, por lo tanto, niega la realidad.

Las leyes científicas no son entonces posibles; dice Wittgenstein en su notación 6.36311: «Que el sol vaya a salir mañana es solo una hipótesis, y no sabemos si saldrá».

No hay leyes, no hay necesidad de que algo suceda porque anteriormente otra cosa haya ocurrido.

Solo hay una *lógica* simple y profunda, anterior a todo fenómeno. Solo hay un decir lógico tras las supuestas leyes científicas; no hay conocimientos verdaderos.

La filosofía, en tal caso, no tiene proposiciones; la filosofía es solo una aclaración lógica del pensamiento encogido.

La historia de la filosofía no existe y no interesa. En consecuencia, solo muestra Wittgenstein la relación de *figuración* que hay entre el mundo y el lenguaje. Fuera de esa relación de figuración, todo es casual. La casualidad sustituye a la causalidad.

No existe lo verdadero, ni existe lo falso; solo hay que callar ante lo místico: el silencio.

El escepticismo de Marc Richir es muy diferente, pero coincide con el de Wittgenstein en su pesimismo y simplicidad.

Richir desconfía del nivel objetivo; prefiere vivir en el nivel superior fenomenológico; es lo que se puede llamar *fenomenologismo*.

Pero entonces se produce la gran simplificación. No hay nivel intermedio, nivel caótico de las identidades transposibles, y el nivel superior toca con el nivel inferior, haciendo imposible las dos instancias de simbolización.

Es el modo como Richir interpreta el simbolismo: lo que llama *institución simbólica*.

Se ha producido, en virtud del pesimismo objetivo, una simplificación del campo intencional; tendríamos que vivir siempre en el nivel superior, asomados a la trascendencia, y despreciando el mundo y el trato de lo objetivo.

En esas circunstancias, nos relacionaremos con los demás si somos capaces de conectar con nuestro comportamiento superior fenomenológico. El trato objetivo es despreciable.

Esto es exactamente el pesimismo simple de Marc Richir, que tiene graves consecuencias si atendemos al conocimiento científico.

En el libro titulado *L'écart et le rien*, Sacha Carlson mantuvo largas conversaciones con nuestro autor que constituyen el testamento intelectual de Marc Richir (2015). En la página 143 de este libro, leemos el siguiente párrafo:

Sobre el estatuto fenomenológico de la idealidad he mostrado que la idealidad no tiene contenido; toma todo su contenido de variantes imaginarias que ella ilumina como un hogar. Retomo aquí, a mi manera, la teoría husserliana de la variación eidética, y digo que la idealidad no existe en sí. La idealidad es como una estrella que ilumina un sector. Y, con esta metáfora, resulta que con las estrellas se pueden hacer constelaciones diversas. Sabemos muy bien que nuestras constelaciones greco-occidentales no son las mismas que las constelaciones chinas o hindúes.

Esta es la idea escéptica que Richir tiene de la ciencia. Está muy cerca de lo que pensaba Wittgenstein. La *epistemología* no existe, está por hacer; la ciencia es un *artefacto teórico* (Richir, 2015: 285).

Con mucha astucia, podremos construir artefactos teóricos a los que corresponden artefactos de la naturaleza.

En la mecánica cuántica, por ejemplo, lo real ha desaparecido. Solo por una suposición metafísica decimos que tal o cual *traza* de partícula observada forma parte de lo real.

¿Dónde está aquí la objetividad? No lo sabemos, dice Richir; el único criterio que subsiste sobre lo real es que «en la misma preparación, se obtiene el mismo resultado».

Eso es lo que significa, sigue diciendo Richir, que estamos en presencia de una *gran tautología*. Es una tautología simbólica por la que se dice que algo existe pudiendo no existir. Eso es la ciencia: una presuposición metafísica, una tautología simbólica.

Desde lo alto de su fenomenologismo, mira Richir a los pobres seres humanos que se debaten en su nivel objetivo, sobre todo si carecen de la *transpasibilidad* que los salvaría.

Richir ignora la centralidad de la matriz de la realidad, centralidad entre niveles (identidad de lo transposable) y centralidad entre eidética matemática inhumana y la naturaleza ciega.

Por eso seguramente Marc Richir admiraba la obra de nuestro dramaturgo del s. XVII, D. Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*, compendio curioso del escepticismo moderno.

Traigamos a colación tres citas que confirman la tesis de *La vida es sueño*. Dice Segismundo en el verso 105:

¡Ay mísero de mí, ay infelice!  
Apurar cielos pretendo,  
ya que me tratáis así,  
qué delito cometí  
contra vosotros naciendo;  
aunque si nací ya entiendo  
que delito he cometido  
pues el delito mayor  
del hombre es haber nacido.

En el verso 255, está la décima que todos los españoles sabemos de memoria, sin acordarnos de que está en el texto de Calderón:

Cuentan de un sabio que un día  
tan pobre y mísero estaba  
que solo se sustentaba

de unas hierbas que cogía.  
¿Habrá otro —entre sí decía—  
más pobre y triste que yo?  
Y cuando el rostro volvió,  
halló la respuesta, viendo  
que iba otro sabio cogiendo  
las hojas que él arrojó.

Las hierbas del sabio son las constelaciones de Richir. La tercera cita (verso 2180) condensa la tesis de Segismundo:

Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida?, un frenesí;  
¿Qué es la vida?, una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño;  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.

82

Así *segismundean* Wittgenstein y Richir.

La clave de todo radica en las dimensiones del espacio y del tiempo. La vida es breve en comparación con el tiempo cósmico; y el espacio no es comparable con lo diminuto de la cuantificación que descubrió Max Planck y que Einstein confirmó con el cuanto de luz: el fotón. Escepticismo, observación sin compromiso. Escepticismo con dos variantes: un escepticismo antiguo, optimista y complejo, y en escepticismo moderno, pesimista y simple.

El escéptico, después de creer que lo ha examinado todo, suprime el juicio. No solo suspende el juicio (*epokhê*), sino que lo suprime; y lo hace de dos maneras, antigua y moderna. Con esa paz, el escéptico se aparta de todas las escuelas, que serán dogmáticas.

Como hemos visto, para Sexto Empírico, hay tres tipos de filosofías. Primero están los que creen haber descubierto la verdad, los dogmáticos, como Aristóteles. Después los que creen que la verdad no puede ser aprehendida, los académicos. Finalmente, los que siguen investigando, los escépticos.

Los escépticos siguen indagando, pero son *aporéticos* por su duda y su indecisión.

El primer escéptico es Pirrón. Pirrón no duda teóricamente, tiene una actitud práctica. El escepticismo antiguo es una moral, una manera de vivir más que una manera de pensar. Por eso decimos que el escepticismo antiguo es optimista y complejo. Es una actitud difusa, que se extiende por múltiples escuelas.

El escepticismo antiguo es, así, optimista y complejo; suspende el juicio porque busca la tranquilidad del ánimo.

En cambio, el escepticismo moderno es un escepticismo *gnoseológico* y pesimista, porque las circunstancias del conocimiento son tan complejas y múltiples que lo hacen imposible. El conocimiento es inasequible. Por eso, los sistemas filosóficos son anárquicos, como decía Dilthey. Y eso produce un profundo pesimismo.

Habría que profundizar, como quiere Wittgenstein, hasta encontrar una *lógica* más allá de la ciencia, o habría que profundizar hasta recluirse en el nivel fenomenológico superior, como quiere Richir.

Pero, entonces, la ciencia no es posible, y la objetividad es despreciable.

Con el escepticismo moderno, no sólo desaparece la ciencia, sino también la conciencia histórica.

Wittgenstein ignoraba la historia de la filosofía, y la despreciaba.

Richir ignora la causalidad científica, y así ignora también la conciencia histórica.

La conciencia histórica es causa del escepticismo, pero, a su vez, puede ser la superación de ese escepticismo y la reivindicación de la ciencia y la causalidad.

Ortega y Gasset dice que el escéptico tiene como un supuesto inadvertido la existencia de una verdad absoluta; y que solo desde esa situación o circunstancia puede mantenerse como escéptico.

Es la historicidad de lo real lo que puede conducir a la superación del escepticismo. Si el escéptico duda, entonces también duda el propio «yo dudante».

Queda claro que, con Sexto Empírico, el escepticismo antiguo es expansivo; mientras que, en contraposición, el escepticismo moderno es encogido. Uno es positivo, y otro es negativo.

Pero ambos escepticismo, antiguo y moderno, coinciden en su negación de la *causalidad*.

Los llamados *tropos* establecen argumentos contra el silogismo, contra la providencia y contra la causalidad. Los tropos suponían que se estaba incurriendo en círculos viciosos.

Si la causa es una relación, entonces no puede existir objetivamente, sino solo subjetivamente. La causa no podrá ser ni anterior, ni posterior, ni simultánea al efecto. No puede suprimirse la relación. No se puede caer en antinomias.

Sexto escribió, contra los dogmáticos, cuatro libros; contra los lógicos, dos libros; contra los físicos, un libro; y, contra los éticos, también un libro.

En conclusión, podemos decir que:

- 1) El escepticismo antiguo es expansivo y el escepticismo moderno es encogido (logicismo y fenomenologismo).
- 2) El escepticismo antiguo es complejo y el escepticismo moderno es simple.
- 3) El escepticismo antiguo es optimista y el escepticismo moderno es pesimista.
- 4) El escepticismo antiguo es una actitud práctica, y el escepticismo moderno es una pretensión teórica.
- 5) El escepticismo antiguo niega una causalidad que todavía no es científica, mientras que el escepticismo moderno niega las leyes científicas de la naturaleza.
- 6) Pero ambos escepticismos ignoran la realidad, con sus tres dimensiones: intencional, natural y eidética. Y, sobre todo ignoran la centralidad del nivel fenomenológico intermedio, la identidad de lo transposable.

## Bibliografía

- Calderón de la Barca, Pedro (1997), *La vida es sueño* (Evangeline Rodríguez Cuadros, ed.). Madrid, Espasa-Calpe en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, <<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc542n2>>, [20/08/2024].
- Richir, Marc (2015), *L'Écart et le Rien: conversation avec Sacha Carlson*. Grenoble, Jérôme Millon.

Sánchez Ortiz de Urbina, Ricardo (2024), *Tractatus logico-phenomenologicus*. Oviedo, Eikasía [en preparación].

Wittgenstein, Ludwig (1960), *Tractatus logico-philosophicus*. (Bertrand Russel, intro.). London, Routledge and Kegan Paul [1922].

